

Olimpo

Angeles Lisbeth López Bernal

Historia

angeles.lopezber@alumno.buap.mx

Me encuentro en casa después de haberme escapado a un lugar al cual, durante mucho tiempo había tenido un profundo deseo de visitar. El sitio es un espacio similar a una galería que alberga los datos más preciados sobre nuestros ancestros, su modo de vida en épocas remotas, las historias que envuelven a esa vida antigua, los objetos creados por nuestros antepasados y todas las formas de vida que con ellos convivieron.

Su nombre es *Olimpo*. Sí, igual que el lugar donde vivían los dioses de una mitología griega que alguna vez leí. Por razones de seguridad, a las personas ajenas a su preservación y estudio, les está prohibido entrar. Todo lo que sé sobre este lugar, es gracias a los libros y revistas que de vez en cuando divulgan un poco de los secretos custodiados en aquel recinto, y ese mismo hermetismo es lo que me atraía tanto. Esta noche, pude comprobar por mí misma lo que los libros relataban sobre aquel lugar.

Después de años ideando el interior de *Olimpo*, por fin me decidí a visitarlo. Al observar de cerca el impresionante recinto desde el exterior, quedé deslumbrada por sus grandes dimensiones. Una gran cúpula blanca se alza en el centro, lanzando destellos brillantes en todas direcciones. La fachada está enmarcada por ventanales de cristal que no permiten ver su interior. Un jardín original del mundo antiguo, inexistente en nuestra era, rodea el edificio, donde flores de exquisitos aromas y plantas exóticas adornan cada rincón.

El gran muro perimetral, me causó temor, y por un momento me hizo pensar en abortar mi misión, pero mi curiosidad fue superior a todo. De alguna forma, logré burlar la

seguridad y cruzarlo para adentrarme en la majestuosa cúpula sin ser detectada. En su interior, se reveló ante mis ojos algo aún más asombroso.

Cada superficie, desde las paredes hasta los suelos y los techos altos, gracias a su color blanco, reflejaba la luz de manera deslumbrante, parecía difuminarse en la distancia, creando la ilusión de un horizonte infinito. Recuerdo haber visto al menos cuatro salas con diferente información cada una, aunque estoy segura de que debían existir muchas más, pero no tenía el tiempo suficiente para buscar más allá de lo que estaba a simple vista.

Una de las salas guarda toda una historia de las formas de expresión artística de aquel mundo que nunca conocí; las paredes están cubiertas con una amplia gama de obras maestras, todo tipo de trazos, pinceladas, esculturas, representaciones a escala de arquitecturas, incluso se exhiben sonidos armoniosos, ambientando mi paso por aquella sala. A medida que transitaba por este rincón artístico, iba percibiendo un común: la capacidad de transmitir las emociones, sentimientos, formas de pensar; ¡vaya!, la expresión de la vida misma de nuestros antepasados a través de sus creaciones.

Adentrándome en la sala contigua, descubrí la riqueza de los ya extintos códigos de comunicación. Los manuscritos, sistemas de escritura olvidados y artefactos de comunicación transmitían la belleza de las lenguas que alguna vez fueron habladas por nuestros ancestros. Lenguas que hoy yo no puedo entender, porque adoptamos una misma para toda la población, a excepción de los estudiosos, es por ello que esta sala me

pareció una de las más valiosas.

En la tercera sala, encontré un rincón de fauna desconocida en nuestro mundo moderno. Criaturas de todos tamaños, terrestres, marinas, aves, insectos; todos los ejemplares disecados o en fotografía eran testimonio de la riqueza y la variedad de la vida que alguna vez coexistió con nuestros antepasados. Las paredes estaban decoradas con pinturas murales que retrataban paisajes extraños, pero hermosos, algo que nunca había visto. Desde lo profundo de la selva hasta la magnitud del océano, cada detalle me transportó por un instante, fuera de mi entorno dominado por la tecnología y representación virtual.

Mi recorrido terminó en la cuarta sala, la que cautivó por completo mi atención. Aquella revelaba los misterios del origen de la vida de nuestros ancestros a través de exposiciones interactivas, diagramas científicos y narraciones. Desde las formas de vida primitivas hasta los primeros seres humanos, recorriendo todo su linaje hasta llegar a lo que somos hoy.

Mi atención se vio atraída por el fondo de la sala, donde situado en el centro, se encuentra un dispositivo, cuyas funciones me resultaban desconocidas, pero el lente, el tubo y su soporte me parecieron familiares. Todo parecía indicar que estaba frente a un microscopio, aunque mi conocimiento limitado del idioma antiguo dificultaba la comprensión de la leyenda inscrita por debajo del aparato. Sobre una pantalla adyacente, se proyecta la imagen de la muestra observada; era la imagen de una gota de agua, agua pura, agua limpia, agua a la cual ya no tenemos acceso; de un azul cristalino y que parecía contener fragmentos de vida verde en su interior. En esa sola imagen, pude contemplar el semblante de un mundo ya extinto.

Entusiasmada por explorar el microcosmos de la gota de agua, enfoqué mi mirada a través del ocular, pero lo que observé a través de él, fue algo completamente distinto a lo que esperaba. En lugar de ver miles formas de vida microscópica, observé superficie continental. No, no era una gota de agua, se trataba de la Tierra, nuestra antigua morada. Caí en cuenta de mi error, no miré a través de un microscopio, sino de un telescopio.

Ante mis ojos aparecía un paisaje terrestre completamente diferente a las fotografías que contienen nuestros libros, distinta a la Tierra que recuerdan los primeros humanos que salieron de ella, pero más familiar para

los primeros que la habitaron. La Tierra se mostraba llena de vida; ríos caudalosos serpenteaban por valles verdes, mientras una diversidad de criaturas recorría sus tierras sanadas de los estragos causados por la presencia humana.

El tiempo transcurrió rápidamente, impidiéndome explorar más salas de *Olimpo*, pero aquella pequeña porción fue suficiente para conocer el mundo antiguo, el mundo del cual los libros habían descrito maravillas. Me llené de alegría al constatar que, tras millones de años de ausencia humana, la Tierra está recobrando su esplendor.

Después de cumplir mi sueño, despertó en mí la sed de seguir aprendiendo, teniendo un nuevo objetivo gracias a la perspectiva de un futuro regenerado que el telescopio me brindó.

Ya no solo quiero buscar conocimiento y comprender el pasado, decidí que me uniré a aquellos que se esfuerzan por planificar el regreso a la Tierra, sin cometer los mismos errores del pasado. Quiero ser parte del grupo que luchará por preservar nuestra historia, cultura y ecosistemas, creando un legado para las generaciones venideras, ofreciéndoles el verdadero *Olimpo*. ☀

